

HABER ANDADO

Ebel Barat

1

Escribir.

Alguna tarde volcada hacia el desvelo
germinado habrá, como semilla leve
la obstinada incertidumbre que me mueve
a buscar en las palabras un consuelo.

Aún prefiero liberar el pensamiento
desmadejando razones sin apego
por hallar en la belleza algún sosiego
de la verdad ardiendo en el momento.

Perdurar, vencer al tiempo, trascenderse
o porque la palabra era en el inicio
y la ilusión de eludir el precipicio
implacable de la vida que es perderse.
Yo no sé, no sabré cuál es el motivo
de lo que a orillas de otra tarde ahora escribo.

2

El mundo es un jardín de ojos.

Los ojos mienten, dijiste
y dejaste la mirada
chorreando por el borde de la mesa.

Que no, que no,
que los ojos mienten mienten,
insistías.
Y basta con decir que negabas cada gota
reventando contra el piso de mosaico.

Un jardín de ojos,
el mundo.
El amor y la muerte
en una leche de ojos.

Mi perra
y mi perro en los ojos.

3

Ávido perro de ojos,
insatisfecha perra de ojos.

Perra de gracia
vení a mirarme desde abajo
con la mirada que pasa
por los ojos de una niña.
Como en aquella tarde de garúa
cuando eras más chica
y menos vos.

Y ahuyentá por un buen rato
el inválido dolor y la inválida hambre
en los ojos africanos de esa foto.
Ay negrita débil
llena de dos ojos,
llena de espaldas y de buitre.

Ahuyentalo vos
que sabés deshojarte la tristeza,
que le restás al ojo
su estatuto irremediable.

Y que vengan tus ojos convergiendo
con frescura de bahía
o los ojos de algún otro
a cada tarde de carbón sudando.

A la espesa tarde del cansancio,
cesta de ojos
que caminan nadan vuelan.

Con o sin mentiras
que vengan tus ojos convergiendo
o los ojos de algún otro.

Porque
se vive más con ojos,
y se muere más con ojos.



Este infinito ahora.
Este jamás
incompleto,
del aire que renace,
que lustra los abismos,
de la materna nieve
codiciosa
silenciando la montaña,
del lacónico bosque
que contempla.

De nuevo
(ese modo del nunca)
la voz innumerable
que es también una mordaza
y la tanta alegría
que fue bondad
y fue belleza.
Y los olores que no olvido:
el de una espalda

ofrecida por completo
o el del pasto encendido
cruzando los caminos.
Los olores
que aún me asombran;
el de los muertos
esfumándose en Benares,
o el de las balsámicas maderas de la casa
que se infunden en mi almohada.
Y el temblor
de aquel abrazo
que había extenuado las distancias.
El temblor del cheetah que engullía su gacela
bajo el árbol del Massai.
Y aquella última derrota en el combate.
que fue gloria
y fue tristeza.

Las caricias del vino
en las luces de Hoi An.
El buque de hierro
y el mar estrellado

dándole el olor
al cielo del Egeo.
La siesta en Talamanca.
El grito de la sombra de los rayos
para el hombre
fijo en la tormenta.

Todos los ahora
siempre diferentes
y lejanos.
Esos nunca fatales y felices
de cada soledad que yo he amado.
Esas lámparas
traspasando los instantes.

Y estas torpes palabras
que esperan.
Y esta cierta alegría fugitiva
de que en otro ahora infinito,
en otro nunca imperfecto
estarás comprendiendo mis sueños.

4

Estoy lejos.
Sé que estoy lejos,
que la distancia se alarga,
que se estira
con el desfile azul
de uniformes mojados,
con los extraños que pasan
prestándose la máscara,
con el silencio que rueda
y se derrama
sobre los desfiladeros y los valles.

Vestida de otros
anda la distancia
y te amo.
Aquí
a los pies del cielo blanco,
en la cintura de las montañas,
yo me pongo de espaldas

para buscarte,
para decir tu nombre.

Aquí te reconozco,
te sé completa
porque vos
no estás conmigo.

Tenerte entre los brazos,
en la comarca ciega de un beso,
en el temblor de una palabra
te oscurecería,
te esfumaría
como una mínima silueta de la noche.

Ahora,
acodado en la mesa,
en cambio,
te ves inmensa,
como si ocuparas toda la luz de la tierra.

Nada te oculta.

Aquí
nada te equivoca.

Te pregunto
¿de que sirve un día,
una hora
o dos metros
o la punta insatisfecha de los dedos?

Te pregunto
¿es cruel amarte así,
estirando tu nombre,
comiéndomelo
a lo lejos,
en paz,
confiadamente?
Así,
sin los fracasados grises
del domicilio y del cansancio.

¿A qué amar
a la de apenas un ahora?

A esa escasa parte de vos
que curva una sonrisa
que tiende una pregunta.

Pero aún
debemos confirmarnos,
olernos,
mirarnos,
como un perro y una perra
que ya se han conocido,
quizá,
en un anillo que salta
sobre la claridad de tu mano,
en un aroma,
o en la tenue red de los párpados
o en la manera de fumar,
para cansarnos
de abrir el calor del cielo
durante todo un día.

Y entonces
partir de nuevo,

por esos caminos
que a los dos nos gustan,
que con tristeza
elegimos.
Esos caminos rectos y silenciosos
que establecen los desiertos
o en un profundo mediodía
el centro mismo de los mares.
Si no nos separamos,
mi amor,
¿cómo sabríamos con quién hemos estado?

¿Cómo sabremos
quién cortó las frutas
y qué gusto tenían?
Sí,
desde esta distancia soñolienta
vestida de otros,
desde las noches que pasaron
con humo,
con peces,
con cansancio,

desde los hondos motores de los barcos,
desde las veredas en blanco y negro
que siguen olvidándose
yo vuelvo a estar seguro.

De par en par,
el sol va abriendo sus portones,
todo lo inunda
su soplo blanco y amarillo.
Doy la espalda
al discreto desfile de uniformes.

De par en par
me vuelco hacia la luz
que engendra los desfiladeros y los valles.

Ahora, ahora,
acodado en la mesa,
apuntado hacia el silencio,
yo puedo saber de nuevo
y me voy apegando a la dulzura
de la que en paz
estoy amando.

estoy loco



Ahora yo lavo mi cuerpo
Ahora repasa mi forma la blandura de la espuma
y me acaricio.
Y mi caricia es una puerta.
un feliz permiso y un deseo.

Mi caricia te dice sí.
Te dice: yo soy tu caricia
y cierra los ojos.

Ahora paso con la espuma
a lo mas íntimo de mi cuerpo,
tan presente y tan lejano.
Y siento la mano del cariño
que allí se detiene y juega.
Tu mano que destapa
ninguna otra cosa
que la anchura de mi alma.
Y lavo
mis párpados y su cansancio

para que al abrirlos frente a vos
sean una pampa o un estanque.

Espacio y recipiente
que solo puedan ser
cuando vengas a ocuparlos.

Despliego la espuma por mi cuello
allí, en esa blanca largura
donde quiero que me huelas
donde quiero que inclines tu cabeza.

Yo lavo mi cuerpo,
dejo que agua y espuma
extiendan su peso y su caricia.
Que recolecten la pureza
para que llegues y atardezcas en tu oficio
de peso y caricia.

Ahora yo lavo mi cuerpo,
yo repaso mi forma

que contempla y espera.



Pero detrás de la luz con que enciendo la espuma,
detrás de los párpados rojos,
seca de lágrimas,
llega a hincarse una espina,
una púa,
que no quiere escuchar
el afanoso canto del agua.

Viene a hincarse
el espectro de otros días,
su olor a piedras
y la boca aquella
que licuaba los nudos tercos de mi rudeza.

El colmillo aquel que se clavaba en mi tobillo
y la lengua que lamía la sangre de la herida.
Aquél de furia y seda
cuya oscura droga
aún chorrea su tintura.
Aquél de cabello y fuego,
de dientes y cuchillos,
detrás de mis párpados rojos.

Aquél que puso un brazo en mi cintura
como la cicatriz de un latigazo.

El que busco mi muerte
para que nadie me tuviera

Aquel en que busque mi muerte
para que nadie más, nunca me tuviera.

Pero es la tarde,
la espuma y el aroma.
Es la pluma del aire
jugando en los pulmones.
Las palmas alargándose en mis piernas
y la luz sobre mi cuello.

Son estos los minutos
en que yo lavo mi cuerpo.
Los minutos
en que contemplando me adelanto
a cuando venga tu caricia

Los minutos
en que una lejana flauta de otoño
empieza a desgranar la paz
que, atada a tu sonrisa,
venís a devolverme.

6

Tenías que ser vos,
remolino rojo
subiendo desde tus zapatos.

Música cruzada
por esa despeinada furia sorda
para que se vea tu peso en la penumbra.
Vos,
relámpago redondo
abanicado en tu cadera.
Fragua hostil marchitando la noche.

Vos desencadenando tu Amazonas
de pobres barcos de mosquitos
sobre el “tube” en Picadilly.
Soltando el ciego bisturí,
la lengua envenenada
que orina sobre la piel de los grises edificios.
Vos,
escupiendo sílabas inglesas

de la manera que nunca aprenderás del todo.
Carbonizando lo que escribía
un recuerdo de mujer valerosa y prudente.

Así lo habría querido mi recuerdo:
entretejerte una guirnalda de bruma tibia,
una sensación de ternura envejecida.
Aquel cruzar la calle adelantando el mismo baile
que irías a soltarme cada noche
en la “Milonga de la Luna”.

Aquel olvidar los vidrios rotos del odio
estirando la sonrisa.

Hasta que despedazaste el aire gris
con la mano de la cólera.
Hasta que cruzó tu cachetada
sobre mi última ignorancia.

Y ahora sos vos la que corre quemándose
por su agónica espesura
Lejos de tu tierra

y de aquellas notas lerdas
que ahora sangran con tu sangre.

Vos consumiendo esa risa vertical
como una blasfemia minuciosa,
sin que nada de los besos que pisaste
te consuele.



7

La Cíclica Noche.

Es cíclica la noche que al acaso
te señaló en un tango de Piazzola.
Cíclicos son sus ojos y la sola
rutina de nombrarte a cada paso.

Cíclicos los espectros de ese día
en que blanca cruzó sobre la mesa
tu mano que irradiaba la certeza
de ese algo parecido a la alegría.

Cíclica la fonética olvidada
De tu caro y difícil argentino
dispuesta a contener el desatino
de un te quiero resuelto en tu mirada.

Será cíclica la dicha cuando entre
a la cíclica luz en que te encuentre

8

La cíclica loba

Allí,
golpeando con los tacos de tus ojos,
larga en la noche negra.

Allí,
apoyada en la pared del nombre que tejiste
con soles que no veías,
con soles que brotaban de la tierra húmeda,
y agua feroz que no podía pudrirse,
y odio apuntado al que no te viera,
completa,
trepada
como el sexo de la noche.

Allí,
con todo tu nombre a las espaldas
escapada del aquelarre de una playa,
suavemente alta,
sobre el veneno destilado.

Allí,
parada en la melancolía,
golpeabas con los tacos de tus ojos.

Y le abriste los brazos a la luna
que sí veías.
A la luna espesa
sobre la que rodaste amarrada.

En la cíclica noche de la luna
ya no podrás dormirte.

En los contraluces de plata en vela
se lava el veneno
y el sol húmedo que antes brotaba de la tierra
y el dolor
por lo que no te viera.

Cuando clave su nácar el hambre
vas a amarte más,
sin siquiera un grito.

Todavía más vas a amarte
trepada y entera,
a los brazos arribados
con la cíclica luna llena.

Lisboa revisitada 2004.

De luz,
Está hecha de luz, me dijo
extendiendo el redondel claro de sus ojos
con un asombrado puntero
a lo que encendía las paredes y el oxígeno.

Yo lo había visto esa mañana
desde el cielo
hacia los amables tejados diminutos
y en el mismo Cristo blanco
(y esa felicidad primera
que me dio cuando era un niño).

Desde el cielo
al ancho Tajo
que me pareció de vientre herido
de arruga seca,
de infinita partida.

La vi en los tejados rojos y apiñados
siguiendo el corto compás
del canto del verano.

La vi
dejando a la sombra de sus calles
correr a un hombre viejo
al encuentro de su muchacha rubia.

Vi la luz sobre Pessoa
tomando su eterno café,
fumando su eterno cigarrillo,
mirando las palomas,
solitario como Pessoa,
ardiendo en el hastío,
ardiéndose discretamente,
metido en su saco burgués,
mientras contempla la flor innumerable,
y brota
en su imposible indiferencia.

Vi la luz en San Pedro de Alcántara

y la siesta se echaba al mirador
en medio de los autos.
La llevaba un cortito bullicio
subiéndose al tranvía
y la empujaba cuesta arriba por el Chiado

Fue hacia una mínima cintura
con su negra cabellera,
a la seguridad de una belleza
que aún comienza ruda
y que aún
sencillamente se derrama
en sus menudos astros oscuros.

Fue la luz a las sardinas
abriéndose al aroma de las brasas
y desplegando
el mediodía del domingo.

Y a la frescura del áspero vino verde,
a las copas de los amigos,
al agua que bebo

de esas dos manos chiquitas
que tanto me conocen
como yo
a su boca desvestida.

Vino la luz hasta la noche
por detrás de un muro blanco,
desovillándose en un fado,
emborrachándose del África criolla,
de paz y de guirnalda.

Llegó hasta la cortina de la noche
donde alarga todavía
su lamido en tu cintura.
Y se va la luz.
Con beso dice hasta mañana.
Se vuelve apenas
para agitar su palma
sobre el último empedrado
y dobla sobre el sueño
de tu boca y de mi boca
que van a desvestirse.



“Yo vislumbro en tus ojos ese brillo de sales que el pescador lleva
bordado en su sino de espuma”

Tu poesía
como vino viejo
o como tijera de sol
estuvo dormida.
Dormida,
cuatro veces más tiempo
que el que apostamos juntos.
Olvidada
dónde no llegaban
las rutinas de mis manos.

Cuatro lentas fugacidades
para volver a colgarla entre mis ojos
y pelear su fortuna,
digo que dirías.

Tu poesía,
semilla raspada,
paciente lamido sobre sangre seca,
entonces,
abrió su dentadura
donde rebotan tantas estrellas.
Quebró cáscaras de sueño oscuro.
Vértigo y tempestad
acumulándose
en tu silencio de tierra abismada.
Tu silencio grávido de plata
bajo la borracha noche de Potosí,
la noche hueca y hundiéndose
que ya no tenía de dónde sostenerse.

Aquéllos días,
fulgía tu saliva blanda
“en la hora de ser música”
con tu voz cantando
las cosas que guardabas de la tierra.
Aprendimos mucho de la tierra
que usó tu voz para invitarme.

De la tierra que te criaba con la luz
que ponía a mi costado.

Pero pienso en esto
no como una triste red dónde se va a apagar el alma.
Pienso en esto
como pensaría el que recuerda una victoria,
como un mediodía de trigo,
como un cedro que adorna el verano
con su callada espiga verde.

Busco tu voz
desde la casa que nunca conociste
y no es amargo
porque aquí está lo que escribías.
Lo que escribimos tocando con los dedos
que no son, ahora,
los que bajo la noche sin fondo
esperaban el recato de buscarte.

No soy yo
el que tuvo, de la almohada,

la temperatura libertaria de tu pelo.

No soy yo al que debiste

el signo agradecido de tu sueño

ni te vi inclinando la cabeza

para beberte el agua clara

que, más cerca del cielo,

interminablemente me ofrecías.

No soy yo

el que con “boina de inmigrante”

te dejó pensarme

mientras rozaba solo

los adoquines del Cuzco.

Tengo, sí,

“las botas en las manos,

las manos sucias” todavía

de ese polvo cansado que tal vez no te gustaba.

Y acaso puedo

al abrir alguna puerta

dar el acorde que nunca supe que escuchaste.

Aún no he consumido
aquéllos dientes que dijiste que temblaban
contra lo que ordeña al mundo.

Y estoy aquí,
tras otra ventana,
acechando el tobogán de otra tarde,
recostado en tus palabras,
casi como en una siesta de enero.

Esta tarde,
quizá,
no te será ajena.
Porque del después de esta ventana,
salen a besarte palabras.

Salen besos que durmieron
cuatro veces más tiempo
del que apostamos juntos.



11

Azul

El azul, que es el color más denso y más profundo,
en la sierra el franco azul de invierno al mediodía
el griego azul translúcido en techos y bahía,
los ojos de aquél azul tan presto y tan rotundo.

El temblor azul de aquella tinta primeriza
de la pluma estrenando las letras de mi nombre,
el largo traje azul que me lucía como hombre,
el sabio azul adverso a los gritos y la prisa.

El jubiloso azul de mi hijo en la ventana,
el frugal azul desamparado de Picasso,
el fulgor azul precipitándose al ocaso,
hasta el pálido azul del jacinto en la mañana.

El mosaico azul de la rivera de Lugano
y la voluta azul del zafiro en una mano.
El humo azul que le dio un compás a la tristeza
y ese azul que le negó a la rosa otra belleza.

Cada azul que lo divino quiso que se vea
y el divino azul que fugaz arde en una idea.

12

Ahora,
enfrente de tus ojos húmedos,
de tu cabeza que no se mueve.
Ahora que tu pelo cae como esculpido.
quiero tener un sexo más.
Un sexo más que el sexo.
Un sexo grande como un quebracho
o un eucaliptos.
Un sexo ancho
como el agua fría.

Para ir mucho más adentro de tu vientre
y más abajo.
Para ir por tu hígado
mudo y oscuro,
por tu estómago,
por tu corazón de carne encendida
altivo y pequeño.

Por la espalda de tu corazón

para abrazarlo.
Para lamer sus arterias azules
y darle un beso en la nuca.
Quiero tener un sexo
flexible y líquido.
Que vaya más abajo y más lejos
y llegue casi hasta el fondo.

Casi del todo, casi,
para que no dejes de ser vos
y así puedas saber que te gusta.
O para que ahora mismo sepas
que te va a gustar.
Un sexo que baje y que baje,
que controle las salidas,
que sitie tu pensamiento
y te resigne
feroz y dulcemente.
Un sexo líquido y flexible
que llegue hasta la entrada
para abrirle la puerta
a la cara de tu alma.

13

Cada Día

Desgranándose
como un latido rojo.
Desgranándose en la ventana,
apagándose en el interminable azul del mar.

Soltando a golpes hondos el mismo rojo,
cada día.

Mis manos desgranándose en el jardín,
en la mesa
sobre el bordado del silencio.
Mis pequeñas manos blancas,
las grietas oscuras en las yemas de mis dedos
sobre el bordado del silencio,
sobre la tierra áspera de la maceta
donde, desgranándose,
arde el malvón.

Desgranándose como la música que silbaba

una lluvia lenta y extranjera.
Una música triste
como una cortina de lluvia.
Desgranándose como el blanco delantal
que me cuelgo para empezar cada mañana,
como la lana de las medias
con que me acaricio los pies,
los dos pies que comprendo con ternura.
Como la olla pequeñita
donde grita la alegría del tomate,
donde aroma su alegría de quemarse.

Como la otra quemadura del aire
en las orillas del malvón que late.

Cada día
desgranándose
cerca del mar azul,
sin esperar
a cuando entres.
Y traigas el polvo
y el amor de las ausencias

y el camino fuerte de fósforo y madera
con que me raspé en tu piel.

Tu olor
donde murmuran los colores y las voces

Oler tu olor hasta su mismo fondo.
Serte oliéndote,
jugar cada cosa que jugabas,
sin esperar a cuando entres
y me mires como soy.

Y me digas cómo estás
mientras cierro las ventanas
para que reboten las palabras.
Mientras acepto tu caricia
y el malvón nos mira
como un asombrado perro rojo.

Y más en la tarde,
sin mirar cuando te vayas
y vuelva a mis útiles callados

donde se achica la tristeza.
A mis blancos labios fríos
en la alhucema de la almohada.

Más en la tarde
desgranándose
como el latido rojo
de mi malvón solitario
contra el azul suave del mar.

Te olvido y te olvido.
Te olvido,
como a sus cuatro patas
un perro cuando corre,
Como el barrilete al niño
cuando levanta distraído.

Te olvido
como a la presa el cazador
cuando llega el frío.
Y te olvido
como al pescador borracho
se le olvida el río.

Como a su padre
el niño cuando juega
te olvido.
Te vuelvo a olvidar
como el árbol con el sol
al agua oscura

y también
como lo amable al beso
con la hostil lastimadura

Y también corro y me remonto,
me emborracho
y te mato.
Y también suelto un puñetazo
o canto.
porque estoy sin vos partido,
partido,
es decir ido y roto
y de eso aunque me olvide
todavía no me olvido.

15

La invencible aurora.

Si el tiempo es una caja oscura
con grilletes de acero.
Si brama ahogándose
bajo una tonelada de hielo corrompido.

Si el tiempo es un tren en la tiniebla
que solloza mudo
y galopa hacia su abismo.
Si en húmedos harapos dobla en una esquina
hacia una maldita calle sin veredas;
entonces vayamos.
Vayamos a herirle los cerrojos
con algo poderoso
como una brizna de luna.

Vayamos a verlo derramarse
en los escalones de luz
por los que se trepa la mañana.

Vayamos a abrir el tiempo
como un gajo de granada.
Dejemos a la áspera transparencia roja
librando hacia el calor su minúsculo meteoro.
Dejemos la cima de la fruta
encendiendo su azúcar escarlata.

Con riendas de musgo,
guiemos sus fieras patas de galeote,
vos y yo,
a la caricia del pasto
y al nocturno lamido del barro.

Arrullémoslo
con un lerdo cuento de distancias
para que sus durmientes hijos infinitos
nos digan sus palabras.
Porque en el cuenco exacto de tu mano
cabén todos los planetas,
porque todo el cielo es necesario
para el exacto juego de mi mano.

Todo esto existe.
Todos lo sabemos bien.
Basta la mirada, bastan los oídos,
el mismo aire que pasa y vuelve.
¿No ves que el tiempo clama
para que le arranquen su ropa polvorienta
y por bañarse deslumbrante y desnudo?.
Dejemos, ahora,
a la boba procesión de siglos,
en donde no hay hombres ni mujeres,
que arrastre sola su trasto de polvo arrepentido.

Abramos las ventanas
hacia el rico aroma del mundo,
¿lo estás oliendo?,
hacia la pulpa succulenta del deseo,
¿tenés hambre?,
para que tu paso
y también el mío
sean aquella rosa inalcanzable
sobre la boca del tiempo.

16

La ciega del metro

Por qué los ojos de la ciega
son tan buenos cuando mira sin ver.
Por qué
todo lo que hay alrededor de los ojos de la ciega
es tan suave.

La ciega busca con sus ojos sellados
a la amiga que acaba de entrar
y que la ha tocado por la espalda
para darle más certeza

la amiga
que
con un gesto lleno de amor
ve ese rostro que no se sabe,

la amiga que sonrío
cuando corre su vista hacia los dos niños,
los dos niños que ríen con una sonrisa distinta,

los niños de la ciega.

El niño y la niña que juegan riendo alrededor de la ciega.

Ellos

y la ciega que se ofrece con sus ojos y su cara,

con todo su interés,

de un asiento al otro,

a la amiga con quien habla

y a quien contempla dichosa

en el fondo oculto de sus ojos.

Tan llena de luz alrededor de los ojos,

la ciega,

y sus niños que iluminan el vagón del metro

La ciega,

con dos ojos extraviados en tanta luz adentro.

La ciega que fija con sus ojos esa luz

y la ofrece con sus ojos y su cara

a su amiga que contempla

y que sonríe llena de amor.

La ciega que deja un aura de ausencia,
contemplación
y lágrimas

que deja el vagón muy huérfano
cuando escucha y sabe
que el metro se detiene en su parada.

La ciega que sale tranquila con los niños,
con el niño y la niña
que sin dejar de jugar
y de reírse,
controlan los pasos seguros de la ciega.

17

Santa Mónica

Cuatro infancias aún nadan por el río,
cuatro asombros de vaso que se llena
con otros tantos sueños que en la arena
se echaron agua abajo contra el frío

de ese caudal que es y no es el mismo,
que ensayó y soltó el hombre que los guía.
Ahora estrenan los niños la alegría
de ese agua, de la arena del abismo

o puente entre esa tarde y otra y tanta
hechas de un único momento repetido.
El pecho del hombre repartido
entre cuatro, se aplaca y se levanta,

contra la soledad, contra sus modos
nadan juntos la infancia que se esfuma
y el cansado cuerpo que en la bruma
del olvido, recuerda esos recodos.

Como antes el ocaso a las riberas
y al cabello del musgo difumina.
En un labio morado se adivina
al que cala en las cuatro primaveras,

pero el frío no calla los voces
ni cada áspera piedra soñolienta:
de la consigna ruda se alimenta
el copioso fervor de esos deseos.

Con su ardoroso cuádruple manojo,
bajo la tibia luna conocida,
llega el hombre a la cuesta anohecida
y al nocturno aroma del hinojo.

Rotundos de jornada a los abrigos
de la ducha, del bocado y el descanso,
oscuros a la luz del farol manso
en la casa van entrando los amigos.

Cada cosa en la tarde tuvo un nombre
singular, instantáneo, inextinguible,
un fulgor para siempre compartido
del amor entre esos niños y ese hombre.

18

Al hijo

¿Son las voces de los pájaros del amanecer
las que nombraron lo mismo
que después nombrarían tus ojos?

¿Es el aroma del pasto mojado del amanecer,
el que nombró lo mismo
que después nombraría
la frescura de tu aroma?

¿Ha sido el arroyo pequeño del bajo,
el que resollara lo mismo que,
pasados más de veinte veranos,
dijera en la tarde tu voz alzada y lejana?
¿Y ha sido la alta media luna,
tibia en la noche,
la que iluminara aquello
que tu mejilla izquierda iluminara en tu sueño?

¿Fueron los pájaros marinos del ocaso

que se expresan en la costa,
los que hicieron primero
esto que,
pasados más de treinta años de ocasos,
hace tu cariño al hablarme?

¿Fue el retorno
de la primera labor terminada
el que me hiciera lo mismo que,
pasados más de treinta años de labranzas,
hizo tu primera victoria?
¿Fueron también acaso
las primeras hojas de otoño,
las que acariciaron
lo que acariciara después
tu cariño al hablarme?

¿Fue aquel asombro mío
frente al lento sismo azul del mar,
el que te abrió al asombro,
cuando por vez primera,
se te desplegaron las montañas?

¿Y el abismo profundo de la montaña,
al que me acercaste tu mirada,
nació acaso ese mismo mediodía
en que juntos lo admiramos?

¿Y acaso cada precipicio tendido,
no se allana como la última ola,
desde mi pecho hacia tu pecho
y hacia el corazón de tus hijos,
hijo mío?

19

Los Fantasmas de Thira

En el pequeño bar
de primavera fresca y oscura,
en una mesita redonda
bebe un té.

Levanta la vista
y mira hacia la puerta,
hacia el deslumbrante vano blanco.

Baja los ojos y da un sorbo.

Hace tres días que se desliza al bar.
Tres días en que nadie lo ve bajando
por los paseos curvos,
por las sombras y los recodos del sol.

Tres días que observa los vecinos inquietantes.
las ociosas muchachas,
las limpias ancianas de negro.

Tres días, tal vez,
desde que se abrió la puerta
de su prisión de huesos.
Allá quedó el olor blando de la calle,
el olor de su esposa de siempre,
el olor del pálido sol y la luna pálida.

Allá deja su cuerpo
dando vueltas y vueltas entre los muros de piedra gris,
entre las rectas veredas cansadas
de sus días y sus noches.

Nuevo en la isla,
cómo un pájaro o un ángel,
huele el sol y espera,
levantando la cabeza.

Hace tres días que baja por la calleja reluciente y seca
rozando con los pies descalzos
la cosquilla del camino.

Roza, con la cosquilla de las manos,
los ásperos parapetos blancos
y contempla el mar abalanzado,
el azul vertiginoso como las olas,
la desmesura sin nombre.

Tres días que se mete,
cuando la luz se queda ciega,
al hueco fresco de su mesa.
La misma mesa
que le levanta cada tarde
su misma mirada marrón.

Regularmente lleva a los labios
la tasa blanca como la calle
y los ojos a la puerta.

Abajo,
donde huele a hembra,
las hojuelas del agua se tiran como de panza
contra las anchas patas del acantilado.

La recién llegada,
vestida de delgado celeste,
mira sus mínimos lamidos
y asciende como el humo
las escarpadas hélices.

Pausada y seria, sube la fantasma.
Ha dejado el verde,
la luz melancólica de sus bosques pertinaces.
Las casas iguales del barrio adusto
donde nadie da caricia,
donde la ventana pasa siempre
detrás de la misma tarde.

Ha visto bien
las estrellitas del agua
y piensa en jugar como jugaba cuando niña
con sus cortos saltos de luz.

Pero sube segura y seria,
mientras gira su ropa azul celeste,
soltando caderas y pies descalzos.

Sube su caricia por las crestas del peñasco.
Ondea sus menudos brazos blancos
hasta el paseo gris y blanco
donde se detiene a mirar el mar.

No ve lo que él veía.
No ve nada, sino el espacio de su pensamiento,
más infinito que el azul marino.

Siente el impulso del deseo
y suelta pasos de ropa celeste
y rayos de dentadura.

Lleva los ojos grandes
tan grandes como los llevaba cuando niña,
entre las casas que suben y que bajan.
Lleva los ojos
hasta la puerta de un bar
que no conocerá nunca,
un bar fresco y oscuro
con tazas blancas

y pequeñas mesas redondas.

El bar
donde los fantasmas vienen
a esperar fantasmas
cada tarde.



20

Proa a Valparaíso

Lomo de víbora de asfalto,
víbora peluda de cables cayéndose.
Gente colgada de la percha
de una esquina.
Gente hacia el azul,
hacia el húmedo azul encendido.
Vértigo de barcos
y de pájaros vigía,
por detrás del fragor de los mercados,
donde palpita la fruta del océano.

Y la claridad apuntalando
la loca estructura improvisada:
las casas
que brotan unas sobre otras
abriéndole las manos al cielo.
Las casas que crujen
como un árbol cargado.
Un árbol con las raíces metidas al Pacífico,

con las raíces enredadas en las sierras
y en el ocre de los rieles hirviendo.

Dos palmeras donde empieza a abrirse
el postigo de la noche

El calor del día
que ya se va cargando
sobre el cansancio de los cuellos

Y algunas olas tendidas
que desenrollan su espuma
en un último gemir resplandeciente.

Cinco.

Cinco son tus caras.

Con la mirada paseo
por esos cinco rectángulos
que no quieren olvidarse de mí.

Bajo mejillas de metal indiferente
y una ruda boca de broches de mármol.
surge una mano benigna,
una mano labrada y sola
enclavijando su modesta araña
sobre el echarpe blanco del aire.
Reconozco tu mano y la arranco
para apretármela en el pecho.
Y me voy sin saludar
solemne
porque el resto no me quiere.

Pero desde el costado de mi cuello
un fulgor está saltando.

Otro rostro tuyo está saltando.
Una lámpara mojada.

Tu pelo negro que aprieta la risa,
la eterna risa
de cristal brotado,
de cerrada confianza de harina.
Gotea la alegría
desde dos jarritas inclinadas
Y para guardarme algo
meto debajo de mi lengua
la corola limpia de tus dientes.

Eso lo sabe el tercero.
Lo sabe
el cómplice camino de tus cejas arqueadas,
tu cabeza inclinada que invita el cielo
como una garza al mediodía.

Lo sabés
mientras te dejás volar
como un barrilete disfrutando el juego.

Te gusta, te gusta
dice allí el cuarto
con sus vasos de niña
detrás de los anteojos.

Pero yo desciendo a tu cuello
con hambre de tigre,
esperando
que esa misma luz se te cierre,
que se te apague esa vereda blanda,
para llevarte sin ropa
debajo de la luna.

Y entonces
allí, al pie de mi poema
tu manera quinta
la verdadera,
la dolorosa y dura.
El rostro que tuviste
desde tu llanto primero.
La que guarda en una trenza generosa

la fuerza de tu sonrisa.
La que aprieta bajo el ala
las heridas de tu trabajo.
Este perfil que rueda
en polvo de distancia.

Yo sé
que este perfil te duele
y pongo entonces
mi pómulo en tu frente,
te amarro la cintura.
para que al verte de mirada doble
y de duplicada lengua
la muerte se equivoque.

Siempre magra acudirá la poesía
con que empiezo este junio diecisiete
de dos mil cuatro frente a la osadía
de escribirte, madre, antes que se aquiete

en nosotros la llama que transita
amorosa e incesante cada cosa.
Antes de cruzar lo que limita
el acto de la calma misteriosa.

Quise, por eludir la intemperancia
de ese amor que quisiera ser discreto,
ampararme en ese aura de distancia
que entretejen las ramas del soneto.

Va a ser un atreverse cauteloso
con que ronde el grave sentimiento.
Y dulce poner cifras a lo hermoso
de haberme echado en brazos del aliento.

Cálido, muchas veces me ha devuelto
el aire tu calor cuando era un niño,
ahora es cálido el aire tan resuelto
en tus ojos librando su cariño.

Y los míos, en cambio te rehuyen,
a veces, por no tentar el inhumano
sueño de apenas ser lo que construyen
esos oficios blancos de tus manos.

Nada más que en eso, en la mirada,
de lo mucho que tenemos, cabe todo.
Entenderás qué es lo que anonada
el gesto un poco esquivo de mi modo.

Una vez te escribí cuando era un chico
y fue simple esa frase tan distante.
y más clara esa letra con su rico
candor que en este intento vacilante.

Ahora no lo soy, eso es el pasado
y tampoco lo añoro ni lo quiero,
pero aún verás en mí a aquel niño amado
que me nombra hijo eterno y verdadero.

Después no me atreví, lo reconozco
y un algo en el secreto me quedaba
y en la torpe voz y el trazo tosco
como deuda que no se cancelaba.

¿Cómo podía hablarte del consuelo
allí, en tus vigilantes gestos quietos
y arrancarle al silencio un dócil vuelo
en una larga comarca de cuartetos?

¿Y cómo rondaría la palabra
por tu cara, tu voz, tus regocijos
derramando su paz en lo que labra
la tierra conocida de tus hijos?

Somos ese lugar donde el oficio
del tiempo va marcando su labranza.
Pero nunca es tu entrega un sacrificio
ni tus cansancios algo que te cansa.

Vuelvo a llamarte madre y al llamarte
en tu pecho va a girar la misma llave
y volverá a girar para entregarte
siempre como un menudo abrazo suave.

Mamá vuelvo a llamarte y se reclina
a tus ojos la luz de una linterna:
aquél amor de libro y lavandina,
la misma paz de aquella frase tierna.

Te veo así, otros no, eso es seguro
pero hay en tu modo de ofrecerte
ese algo femeninamente puro
y férreo que se afronta con la muerte;

en tanto de anudar como hilandera
el profundo telar de los minutos,
en tanto de elevar la enredadera
de un ahora innumerable con sus frutos.

Vuelvo a llamarte madre y con tu vida
y tu bondad que nunca estuvo ociosa,
blanda como tu luz atardecida,
vendrás a que te beba presurosa..

23

Haber andado

Luces, rastros, espejo contrahecho,
trenes, pasos y libros desatados,
el pensamiento fijo sobre el lecho
o abriendo la ventana a los tejados.

Mares, campos, hoteles ya difusos
vino, mesas, pendiente a los ocasos
y algún furor quizá por los profusos
esfuerzos de gargantas y de brazos.

Por esa encrucijada de metales,
de sol, de frutas, sed, saliva y hambre
ejerciendo memorias voy y vengo
y junto los preciosos minerales
de sangre divina en el enjambre
de las cosas que tengo y que no tengo.



*Si desea adquirir el libro completo, puede dirigirse a Librería Ross (Córdoba 1347 -
Rosario - Santa Fe, Argentina - Tel. (0341) 4404820 / 4485378).
O solicitárselo al autor al email ebelbarat@uolsinectis.com.ar*